

Cuadernos Políticos, número 53, editorial Era, México, D.F., enero-abril, 1988, pp.34-46.

Alejandro Álvarez
Gabriel Mendoza
México 1988: un capitalismo
depredador en crisis

El proceso de producción no es más que el eslabón inevitable, el mal necesario para poder hacer dinero. Por eso todas las naciones en que impera el sistema capitalista de producción se ven asaltadas periódicamente por la quimera de querer hacer dinero sin utilizar como medio el proceso de producción.

Carlos Marx, *El Capital*, FCE, t. n, México, 1973.

INTRODUCCIÓN

En el desarrollo reciente de la problemática económica y política que hoy configura una profunda crisis de la formación social mexicana, los rasgos fundamentales son los siguientes: estancamiento productivo con hiperinflación, inestabilidad financiera con agudizaciones recurrentes, asentamiento de un panorama de devastación social, entrelazamiento de una crisis política que corre ligeramente rezagada respecto de las turbulencias económicas y continuidad estratégica de la política económica sostenida a favor de una modernización promonopólica.

A esa pesada carga de dislocamientos internos debe añadirse la alta vulnerabilidad que presenta la economía mexicana ante las complicaciones que hoy vive la economía internacional: el recrudecimiento de la competencia, la volatilidad de los precios de las materias primas, la contracción del mercado crediticio y las tendencias recesivas que hoy se acumulan sobre la economía norteamericana y que amenazan con generalizarse a toda la economía mundial.

Al calor de la crisis, se han producido una serie de cambios que no vacilamos en calificar como estructurales debido a su profundidad, ubicación e implicaciones, pues incluyen modificaciones sustanciales en la articulación y el peso relativo de las distintas ramas dentro del aparato productivo, cambios en la participación y la importancia relativa de los intermediarios financieros y en el propio sistema bancario, mudanzas estructurales en las finanzas públicas, en la composición y condiciones operativas del comercio exterior, y asimismo una alteración drástica de los ingresos del trabajo asalariado.

Para el análisis de la coyuntura actual, hemos recurrido a la reconstrucción de algunos antecedentes básicos que van de 1982 hasta 1986 y luego la periodización más reciente se ordena de la siguiente forma: una fase de incertidumbre financiera para México que va de julio de 1986 hasta marzo de 1987; otra fase de recuperación económica relativa con fuerte especulación financiera e inflación creciente que va de abril a octubre de 1987; una tercera

fase de crack del mercado bursátil y nueva emergencia para la política económica que va de octubre al 15 de diciembre; y una última fase que viene desde ese mes hasta febrero de 1988.

Con todos estos elementos, nos proponemos examinar la dinámica coyuntural y estructural que se percibe en el México actual, articulando además las vertientes externas que han repercutido más profundamente en nuestra condición, para tratar de fijar algunos elementos de continuidad y ruptura que se avizoran para el futuro inmediato en terrenos considerados estratégicos: el endeudamiento externo e interno, la política salarial, la recuperación del crecimiento, el abatimiento de la inflación, la consistencia de la salida exportadora y algunas incógnitas que podemos esperar del resultado de las próximas elecciones federales.

1. *Los detonantes de la crisis y su contraparte programática*

Desde junio de 1981, la década de los ochenta ha estado marcada por el signo del estancamiento productivo que se refleja en la caída de la inversión productiva (inversión bruta fija), la cual a finales de 1986 fue 41% inferior a la de 1981; en el deterioro del empleo manufacturero, que en diciembre de 1986 fue 19.5% inferior a su valor máximo de agosto de 1981; y en el producto interno bruto, que en 1986 fue 3.4% inferior al de 1981.¹

En términos generales puede observarse que los factores detonantes del estancamiento productivo han venido variando al calor de las modificaciones estructurales y que, pese a ello, los problemas fundamentales de la economía en los terrenos productivo y financiero no se han resuelto.

Entre 1982 y 1983, el detonante de la crisis fue la deuda externa y la primera caída de los precios y los ingresos petroleros. Entre mediados de 1985 y 1986, la reducción dramática de los ingresos petroleros fue el factor detonante, y en octubre de 1987 la explosión de los problemas financieros derivados del endeudamiento interno, la especulación financiera y el aumento de la inflación pueden ubicarse como detonantes de otra fase de agudización de la crisis.

Que los problemas no se han resuelto puede verse en el carácter corto, sesgado e inestable de las recuperaciones económicas cíclicas, pues han sido insuficientes para colocar a la mayoría de las diversas actividades en el nivel máximo de producción que alcanzaron en 1981. Son los casos de vidrio plano, liso y labrado, que en junio de 1987 produjo sólo el 75.8% de su producto en 1981; de la fundición y laminación primaria de hierro y acero, cuyo nivel, también en junio de 1987, fue de 92.2% del de su producto en 1981; en laminación secundaria de hierro y acero y en máquinas para oficina, los porcentajes de las mismas fechas fueron 89.9% y 86.6% respectivamente. En el caso de automóviles (incluidos tractores), en julio de 1987 la producción fue el 48.3% de la de 1981.

En claro contraste, podemos observar los casos de las actividades de exportación como la cerveza, cemento hidráulico y motores en los cuales el producto de mediados de 1987 fue 5.3%, 21.5% y 75.9% mayor al de 1981, respectivamente.²

Todas las recuperaciones económicas cíclicas han incluido importantes episodios de renegociación de la deuda externa en los que han prevalecido por el lado del gobierno mexicano varios criterios: el respeto irrestricto a los compromisos adquiridos con la banca transnacional, con la búsqueda de diferimientos del pago del principal y de la reducción de las tasas de interés, así como los intentos de cambiar la deuda por capital (SWAPS).

Podemos enumerar los tiempos y los términos de las renegociaciones: de enero a agosto de 1983 se pactó un diferimiento del pago del principal; de agosto de 1983 a marzo de 1985, se

1 Véase Banamex, *Examen de la Situación Económica de México*, vol. LXIV, n. 746, enero de 1988, p. 28.

2 *Ibíd.*

pactó otro diferimiento; y de julio de 1986 a marzo de 1987, se consigue otro diferimiento y el traslado de toda la deuda bajo el signo de la London Interbank Offer Rate (LIBOR), más baja que la tasa norteamericana, y con una reducción de la sobretasa. Finalmente, entre diciembre de 1987 y febrero de 1988, se planteó la emisión de Bonos de Deuda Externa a cambio de deuda con descuento.³

Detrás de las formalidades financieras de las renegociaciones, siempre han estado la exigencia de la banca transnacional y la decisión gubernamental de sostener varias líneas de cambio estructural en la política económica. En efecto, del Programa Inmediato de Reordenación Económica (PIRE), de diciembre de 1982, al Pacto de Solidaridad Económica (PSE), de diciembre de 1987, pasando por el Plan Nacional de Desarrollo (PND), de mayo de 1983, y el Programa de Miento al Crecimiento (PAC), de julio de 1986, el meollo de la política gubernamental ha sido convertir a la economía mexicana en exportadora de productos manufacturados mediante el establecimiento de las condiciones de rentabilidad que este tipo de orientación requiere en un mercado mundial altamente competitivo: una política laboral restrictiva, apertura comercial total, un tipo de cambio subvaluado y disminución del peso de la intervención estatal. El objetivo declarado ha sido el combate gradual de la inflación, que se supone es el núcleo de las distorsiones económicas que sufre el país.

11. *De los sueños de crecimiento a la solidaridad con el estancamiento*

En 1986, el Producto Interno Bruto cayó hasta 3.8% y esa caída resultó un punto básico de referencia para redefinir algunos aspectos de la relación con los acreedores y los organismos financieros internacionales y relanzar una política económica más claramente orientada al crecimiento. Aunque eran muy modestas las metas (3.5% anual para 1987 y 1988, sobre todo a la luz de las pérdidas ocurridas en el terreno productivo en los años previos), el cambio más significativo era que se buscaba el crecimiento por medio del Pacto de Miento y Crecimiento por la vía de profundizar el cambio estructural, especialmente a través de dismantelar la protección comercial y convertirse en miembro del GATT e iniciar formalmente un fuerte proceso de reconversión industrial.

La operatividad del PAC estaba fincada en la renegociación de los términos de la deuda externa y en la concesión de nuevos créditos por un monto de 12 mil millones de dólares, divididos entre partes iguales aportados por la banca comercial y los organismos internacionales. Acordada la negociación con el FMI, ésta encontró una fuerte reticencia en los bancos comerciales, que se negaban a conceder nuevos créditos de contingencia para sostener el crecimiento de México o que de plano se declaraban indispuestos para perpetuar sus activos financieros con México. Esta posición sólo se explica a partir del cambio sustancial que experimentaron los bancos después de la crisis de 1982, pues ahora contaban con la formación de reservas de contingencia, con la pérdida de peso de la deuda mexicana respecto a su capital y con una fuerte inclinación de muchos bancos a deshacerse de la deuda de países gravemente endeudados:

Los recursos frescos para incentivar el crecimiento económico del país no se concretaron sino hasta finales de marzo de 1987 y después de múltiples anuncios previos de que "ahora sí" ya llegaron los créditos. Las reservas internacionales del Banco de México aumentaron sustancialmente, al pasar de 6 mil a 15 mil millones de dólares, aunque el gobierno decidió esterilizarlas para no propiciar la inflación, lo que era acorde con la política de protección de las reservas y de incentivos a la exportación a través de la subvaluación del peso.

³ Para apreciar con más detalle esas renegociaciones, véase Alejandro Álvarez, *La crisis global del capitalismo en México*, Era, México, 1987, pp. 108-11; también "Los recientes acuerdos sobre la deuda externa de México" en *Informe Hacendario Mensual, SHCP*, abril de 1987, pp. 35-47. Sobre la mecánica de los bonos de deuda externa puede verse "Emisión de Bonos de Deuda Externa", en *El Mercado de Valores*, n. 2, 15 de enero de 1988, pp. 21-25.

La recuperación de los precios internacionales del petróleo ocurrida desde mediados de 1986 hasta agosto de 1987, mejoró de inmediato los ingresos por exportaciones (de enero a septiembre de 1987, el saldo comercial fue positivo y alcanzó 6 637 millones de dólares, lo que lo hacía 144% mayor que el de igual periodo en 1986) y también coadyuvó al fortalecimiento de las reservas, aparte de que disminuía el impacto de los eventos externos sobre la marcha de la economía.

Ahora bien, a lo largo de 1987 comenzaron a manifestarse indicios de que la contracción productiva de 1986 ya se estaba revirtiendo: algunas ramas de la producción comenzaron a dar signos de crecimiento de volumen de su producción; aunque el gobierno la publicitó ampliamente hasta alcanzar un clímax en el V Informe del Presidente (septiembre de 1987), el alcance de la recuperación fue muy restringido, pues por el estallamiento de la problemática financiera, fue bruscamente suspendida a finales del año.

Veamos con más detalle ese carácter de la recuperación: para empezar, estuvo fincada más en el uso de la capacidad instalada ociosa que en importantes programas de nuevas inversiones, como lo revelan la evolución de la inversión Fija Bruta —la cual mantiene altos valores negativos de crecimiento a todo lo largo de 1986 y hasta mayo de 1987, en que se vuelven débilmente positivos— y los bajos índices de importación de bienes de capital.⁴

En segundo lugar, para la mayoría de las ramas el volumen de producción fue inferior, o apenas alcanzó el nivel de la recuperación de 1984-85 y, como ya se dijo, estuvo lejos de alcanzar los niveles de producción de 1981.⁵

Tercero, tuvo un impacto muy reducido sobre el nivel de empleo manufacturero, pues apenas se incrementó el 1.6% de enero a septiembre de 1987. En cuarto lugar, estuvo muy centrada en la evolución de ramas cuyos productos se exportan, como la automotriz y la de cemento, que viven la paradoja de crecer mientras su mercado interno se contrae brutalmente. Finalmente, las ramas productivas orientadas hacia el mercado interno permanecieron deprimidas, como el caso dramático de los electrodomésticos.

III. *Del superboom al crack en la Bolsa de Valores*

Si la lógica estaba fundada en recibir créditos externos para liberar la presión alcista de las tasas de interés internas, lo cierto es que al momento en que éstas empezaron a bajar y tan sólo se frenó el ritmo de devaluación del peso, quedaron nuevamente listas las condiciones para una especulación de grandes proporciones.

Así, paralelamente a la recuperación productiva se observó una especulación financiera con eje en la Bolsa de Valores. El sistema bancario había reducido el nivel de sus operaciones debido a la política de tasas de interés "antinflacionarias". Según la información disponible, en la mayor parte de 1987, el crecimiento de la captación total de la banca comercial en términos reales fue negativo y entre octubre de 1986 y octubre de 1987 fue de $\frac{3}{4}$ 2.17%; el financiamiento en el mismo periodo cayó un 3.34%.⁶

Lo ocurrido en la Bolsa de Valores fue una oleada especulativa del capital nacional apuntalada por el Gobierno Federal, dispuesto a atraer fondos al mercado accionario con la promesa de altos y rápidos rendimientos, para conseguir que al final, después del desplome de los valores, aumentaran su capital los grandes monopolios haciendo víctimas al pequeño y mediano ahorrador.

El auge especulativo tiene que ser explicado incorporando varios elementos que lo

4 Véase Banco de México, *Indicadores Económicos*, varios números.

5 Véase *Punto Crítico*, marzo de 1988, n. 157.

6 Véase Banamex, *Examen de la Situación Económica de México*, vol. LXIV, n. 746, enero de 1988, p. 46.

hicieron factible: por un lado, contó con el aumento de recursos disponibles debido al aligeramiento de la carga de la deuda de las empresas inscritas en el Fideicomiso de Cobertura del Riesgo Cambiario (FICORCA); por otro lado, se sumaron las condiciones generales de virtual estancamiento de la inversión productiva prevalecientes en la economía nacional, para dar consistencia al espectacular superboom que llevó al índice general de precios y cotizaciones de 46 000 puntos en el inicio del año a más de 373 mil a principios de octubre de 1987.⁷

Atraídos por el alto nivel de los rendimientos reales ofrecidos en el país y con perspectivas de pobres ganancias en dólares, muchos capitales fugados regresaron con propósitos especulativos y confluyeron con la venta del 34% de las acciones de la banca nacionalizada, en especial con la colocación de los Certificados de Aportación Patrimonial (CAPS) de Banamex y Bancomer, pero, además, con la decisión de ocho Casas de Bolsa de colocar sus acciones en la Bolsa Mexicana de Valores para consolidarse y aumentar su capital. Todas estas colocaciones ya estaban infladas.

El auge de la ganancia financiera tenía también un referente específico que eran los Certificados de la Tesorería, los cuales representaron el 78.2% del importe total de valores negociado por medio de la Bolsa de Valores,⁸ a través de la colocación de las casas de Bolsa, cuya importancia fue en ascenso.

El vertiginoso aumento de las acciones de las empresas que cotizan en Bolsa y que se ubican en sectores diferentes al financiero, nunca estuvo sustentado en la situación real del país, ni de la rama, ni aun de las mismas empresas. Ello puede comprobarse observando tres aspectos: el primero, que el aumento excedió con mucho el ajuste necesario debido a la revaluación de activos por la inflación, como en los casos de las industrias extractivas y manufactureras en las cuales, quitando el impacto de la inflación, el índice de cotizaciones creció 288.8% y 174.0% respectivamente de diciembre de 1986 a septiembre de 1987, datos evidentemente superiores a cualquier referente de aumento de volumen de producción.⁹ El segundo aspecto es que tal aumento nunca estuvo vinculado con los reducidos niveles de inversión productiva y de expansión productiva real de las empresas. El tercer aspecto a considerar es que ese auge estuvo desconectado de los resultados de operación que estaban arrojando las empresas pues, según los indicadores más frecuentemente consultados, la tasa de utilidad (utilidades reportadas/precio de la acción x número de acciones) de una acción en promedio para el conjunto fue de 3.03% en septiembre de 1987, en tanto que los bancos daban alrededor del 150% en esas fechas; el otro indicador usado nos dice que el valor de la empresa medido por el precio de sus acciones, a fines de septiembre, era seis veces el valor registrado en libros.¹⁰

Lo ocurrido en la Bolsa fue el clásico proceso de atracción de tontos, tan audaces como ignorantes, que ganaron un tiempo para luego ser limpiamente despojados de su patrimonio, muchas veces precario.

El apoyo gubernamental a la especulación se dio claramente en dos sentidos: apuntalando el *boom* de la Bolsa con recursos de los bancos gubernamentales, en particular NAFINSA, y no frenando la escalada especulativa al ofrecerla como indicio de que se estaba recuperando la confianza, como lo hizo Miguel de la Madrid en su V Informe.

Cuando se presentó el crack no hubo pérdida de riqueza, puesto que la Bolsa no la produce;

7 Véase "El comportamiento del mercado de valores en 1987", *El Mercado de Valores*, n.3, febrero de 1988, p. 32.

8 *Ibíd.*

9 Véase Banco de México, *Indicadores Económicos*, diciembre de 1987, datos deflactados con el índice nacional de precios al consumidor.

10 *Mercado de Valores*, n.3 febrero de 1988, p. 32; para una revisión de empresas en particular, puede verse el suplemento bursátil *Tendencias Económicas y Financieras*, Grupo Editorial Expansión, varios números.

lo que hubo fue una importante redistribución de la misma a favor del gran capital, incluidos grandes empresas, Casas de Bolsa y banqueros.

A principios de octubre de 1987, se resolvió, en medio de fuertes tensiones y contradicciones dentro del Partido Oficial, la candidatura de Carlos Salinas de Gortari, Secretario de Programación y Presupuesto, artífice de la política económica del gobierno de De la Madrid. Se anunciaba en los hechos la continuidad básica que en ese terreno es previsible para el próximo sexenio.

Ello provocó como reacción una fractura política dentro del bloque dominante, expresada como rompimiento de la Corriente Democrática con el PRI y a través de la posterior postulación de la candidatura presidencial de Cuauhtémoc Cárdenas, que es todo un símbolo de una tradición popular y que puede ser capaz de plantear un proyecto de corte nacionalista y antimperialista. Por otro lado, con la inflación creciendo y con los indicadores bursátiles disparados, la economía entró en un tobogán que coincidía con el crack internacional de los mercados bursátiles.

IV. Pacto frente a la emergencia permanente

El índice de la Bolsa de Valores se desplomó, pasando de los 373 mil puntos a principios de octubre a 106 mil el 30 de diciembre.¹¹ Se produjo de inmediato una fuga de capitales que se ha estimado entre 2 y 3 mil millones de dólares: unos huían del colapso bursátil y confluían con otros que adelantaban pagos de su deuda respaldada por FICORCA en previsión de una macrodevaluación inminente. Para detener la fuga de capitales, el gobierno decidió un brusco aumento de las tasas de interés nacionales, pasando el Costo Promedio Ponderado de captación de 91.02% en septiembre a 104.29% en diciembre (y subió aún más en 1988), y recurrió a la devaluación, primero del dólar "libre" y después del "controlado". Supuestamente protegido el mercado nacional con la fuerte subvaluación del peso, las autoridades decidieron acelerar el proceso de apertura comercial, bajando aranceles y eliminando los permisos previos de importación. La inflación dio un gran salto debido al aumento de los costos financieros del Estado y de las empresas privadas, como resultado del alza de las tasas de interés internas y la brusca devaluación del peso.

La situación económica nacional se tradujo en un nuevo deterioro de los ingresos de las clases trabajadoras. De ahí que nacionalmente, a través de un emplazamiento a la huelga general planteado por el Congreso del Trabajo y liderado por la CTM, se levantaba la demanda de aumento de salario ante el deterioro sufrido con la devaluación, asunto que ya se entrecruzaba con la discusión sobre el aumento al salario mínimo que debería darse en enero de 1988.

La suspensión del estallido de la huelga obrera fue negociada en un foro en el que participaron la cúpula del Congreso del Trabajo, la dirigencia de la Confederación Nacional Campesina, los líderes del Consejo Coordinador Empresarial y el Gobierno Federal. El acuerdo suscrito salió a la luz pública como Pacto de Solidaridad Económica (PSE) el 15 de diciembre de 1987. Bajo la meta común del "control y abatimiento definitivo de la inflación", supuestamente todos los sectores se sacrifican.

Reconstruyamos brevemente el contenido esencial del Pacto: se reconocen elementos positivos y negativos presentes en la situación económica nacional. Entre los primeros destacan el saldo positivo en la balanza de pagos, el alto nivel de las reservas internacionales y los avances logrados en cuanto al cambio estructural. Entre los elementos negativos se mencionan la inflación agravada, la depresión salarial, el rezago de los precios y tarifas del sector público, la inestabilidad cambiaria y financiera y la incertidumbre respecto a la economía internacional. El PSE sólo busca "ajustes tácticos" a la estrategia gubernamental, la

¹¹ *Mercado de Valores*, cit., p. 32

cual consiste en la exportación de manufacturas como salida a la crisis de México.¹²

Entre los objetivos no explicitados del PSE pero claramente conectados entre sí podemos identificar una lógica de liberar tensiones a una economía en crisis, meses antes de que se celebren elecciones federales. Así, si los enemigos son la inflación y el déficit gubernamental, el régimen pretendería llegar a julio de 1988 con dos cartas en la mano: la inflación bajo control y un déficit público que ha bajado mediante la contracción del gasto y el alza de la recaudación en un contexto saneado "por el sacrificio de todos".

Más en lo inmediato, el planteamiento del PSE significó desplazar la atención nacional de la especulación financiera (que había hecho estallar de nuevo la crisis) hacia problemas que el sector empresarial más aguerrido insiste en destacar: el déficit del gasto gubernamental como pretexto para recortar el gasto en salarios y para deshacerse de las empresas paraestatales.

En materia de sacrificios, éstos resultan muy claros en tres niveles: en el de la contracción del gasto público y el del aumento de la recaudación fiscal; en el nivel de una nueva depresión salarial; y en la contención de los precios de garantía para el campesinado. Está completamente claro que para el sector empresarial, y en especial para los exportadores, el sacrificio brilla por su ausencia, pues sólo se les recomienda "moderación" de precios y toda la política económica les favorece.

Veamos rápidamente algunos elementos que refuerzan lo anterior: el gasto de inversión y el gasto corriente apenas representarán para 1988 el 20% del PIB (para lo cual será necesario acelerar la desincorporación de paraestatales, racionalizar de nuevo las estructuras administrativas, suprimir subsidios, reducir el gasto de los estados y del sector no presupuestal); en cambio, no se toca para nada el servicio de las deudas externa e interna. Del lado de los ingresos, se aumentaron violentamente en 85% los precios de bienes y servicios del sector público; se modificó el Impuesto sobre la Renta para incluir los Certificados de Promoción Fiscal; hay ajustes en el rubro de Derechos y Aprovechamientos; se eliminan el estímulo a la depreciación acelerada y el impuesto adicional a la importación. Se busca, además, que los gobiernos estatales aumenten su recaudación y se refuerza la Lucha contra la evasión fiscal.

En el caso de los trabajadores hubo un aumento salarial insuficiente de 38% para los mínimos, distribuidos 15% en diciembre y 20% en enero. Existe además la propuesta de aumentar los salarios según el aumento "previsible" de una canasta básica de sólo setenta bienes.

Para los empresarios, no sólo no hay restricciones a los aumentos de precios sino a lo mucho una simple orientación ligada a los aumentos salariales y los precios de bienes y servicios estatales. La política cambiaria (que mantiene alta la subvaluación), la política laboral (que comprime los salarios), la política comercial (que facilita la adquisición de materias primas para exportar), la política monetaria (que asegura tasas de interés reales positivas y por encima de las internacionales), todas benefician al gran capital.

En conjunto, como resultado inmediato del PSE tenemos: primero, una brusca contracción económica que coloca en cero el crecimiento para 1988; segundo, un nuevo deterioro de los ingresos de la mayoría de la población; tercero, la enésima aplicación de la divisa de De la Madrid de gastar menos y recaudar más para garantizar los pagos de la deuda; cuarto, la profundización de la política del cambio estructural buscada por el gran capital; y quinto, la entrada a una etapa de preparación real para una política de shock "heterodoxo".

Al igual que ante otros eventos económicos claves, la instauración del Pacto ha generado diversas reacciones sociales: desde diciembre de 1987 y pese al periodo vacacional y festivo, hubo muchas movilizaciones. A principios de enero de 1988 se constituyó en la

12 Véase "El Pacto de Solidaridad Económica", en Banamex, *Examen de la Situación Económica de México*, vol. LXIV, n. 746, enero de 1988, pp. 12-19.

ciudad de México un Frente Contra el Pacto que, aunque tiene como debilidad una pobre presencia sindical, aglutina a sectores populares en lucha y ha destacado importantes pronunciamientos programáticos.

Todo ello tiene sentido porque se ha dicho también que para que el PSE funcione deben controlarse tres "precios claves": la tasa de interés nacional, el tipo de cambio y los salarios. En realidad, estos tres elementos ponen a prueba la capacidad de negociación de tres grupos centrales: el capital financiero, los grupos exportadores y el movimiento obrero. Con la alteración de cualquiera de los tres puede volver a resurgir con fuerza el descontrol de la economía.

De entrada, el compromiso del PSE consiste en asignar a los dos primeros un nivel adecuado de ganancia, lo cual reduce la capacidad de la estrategia antinflacionaria en la medida en que la tasa de interés y el tipo de cambio se fijan con anticipación, en base a expectativas de rendimientos reales. Las escaramuzas en ambos frentes ponen de manifiesto que tanto el capital financiero como el capital exportador buscarán mantener, respectivamente, tasas de interés reales elevadas y un margen alto de subvaluación. En la medida en que el gobierno ceda ante estas exigencias, las metas de reducción de la inflación serán cubiertas con mayor dificultad.

En el frente salarial, las primeras revisiones contractuales posteriores a la firma del PSE dejaron claro que el nuevo tope salarial en ese terreno era también de 38%; esto es, 15% retroactivo al 15 de diciembre y 20% en el momento de la revisión. El descontento de los trabajadores a cuyos sindicatos tocó negociar después de la firma del PSE ha brotado con fuerza, y los conflictos han abarcado grandes empresas automotrices, textiles, el Seguro Social y casi veinte universidades que estallaron huelgas; en varios casos el tope salarial fue rebasado.

En síntesis, las implicaciones del PSE tenderán a presentarse en el plano económico, pero sobre todo en el político, en el que por cierto la credibilidad gubernamental está profundamente erosionada. Como son escasas las posibilidades de éxito en el terreno económico (en lo que hace a bajar la tasa de inflación y hacer crecer a la economía simultáneamente), podemos tener para el futuro inmediato una situación económica, política y social extremadamente delicada, en la medida en que el proceso electoral de julio de 1988 vendrá asociado, como nunca antes en el país, a la problemática de la crisis y al deterioro acentuado de los niveles de vida en amplios grupos de la población.

V. México en la economía internacional

Pasemos ahora a examinar la problemática de la economía mexicana a la luz de los eventos que han dominado en la escena internacional, para que se entienda mejor por qué decimos que en los últimos lustros nuestro país se ha vuelto más vulnerable ante la problemática externa, tanto en el terreno productivo como en el comercial y financiero. Los vaivenes del comercio mundial, las variaciones del precio de las materias primas como el petróleo y las condiciones crediticias restrictivas o el alza en las tasas de interés internacionales, repercuten profundamente sobre México, aunque también ha crecido la importancia que tiene el país para la economía internacional.

En 1986, en México vivimos la contracción productiva más profunda de los años ochenta, al caer el precio del petróleo de 16 a 11 dólares por barril, provocando una reducción de los ingresos fiscales por el equivalente a 5 puntos porcentuales del PIB. Bajo la estrategia diseñada por James Baker de "crecer para pagar", el gobierno de Miguel de la Madrid entró en fuerte confrontación con los acreedores externos y pactó nuevos créditos a cambio de seguir saneando las finanzas estatales, acelerar la apertura comercial y reconvertir al sector industrial (especialmente el paraestatal).

Fue notable el impacto en la caída del precio del petróleo, tanto así como que con la ulterior recuperación, desde la última parte de 1986 hasta prácticamente agosto de 1987, la economía mexicana vivió un aflojamiento relativo de sus tensiones financieras externas, que en 1988 parecen volver a juntarse.

Desde finales de 1987 y para 1988, el panorama petrolero internacional vuelve a ser sombrío, conforme se hacen evidentes los signos de sobreproducción relativa, que al juntarse con una ligera caída del crecimiento económico de los países industrializados y el aumento de las tensiones bélicas en el Golfo Pérsico, pueden derivar en una guerra de precios como la de 1986 y aún peor. Como, pese a lo que se diga, la economía mexicana sigue petrolizada, tenemos enfrente una grieta gigante por la que se nos pueden filtrar tensiones descomunales.

Por otra parte, tengamos en cuenta que el predominio de los intereses del capital financiero transnacional en la economía mundial arroja indicios de que vivimos una etapa singular de nuevas implicaciones para el país: estamos y seguiremos pasando por una contracción crediticia prolongada que, después de la crisis de 1982, ha encontrado a los bancos comerciales ya provistos de grandes reservas para pérdidas, mientras organismos internacionales como el Banco Mundial entran en crisis de escasez de fondos debido a la devaluación del dólar. Existe una tendencia global al divorcio entre el crecimiento de los mercados financieros y el comportamiento de los aparatos productivos; hay un fracaso evidente del Plan Baker y, aunque en Argentina, Brasil, Chile, Filipinas y México se ensayan nuevos esquemas para tratar de resolver los problemas del endeudamiento externo, los resultados son pobres; pero lo peor es que en conjunto tienden a juntarse los escenarios hiperinflacionarios y el estancamiento productivo de los países menos desarrollados con las amenazas crecientes de una nueva recesión en las economías desarrolladas. De seguir su curso, estas tendencias prefiguran un clima mundial dramático por lo explosivo.

Para el caso mexicano, la contracción del mercado crediticio internacional ha tenido un efecto de dominó cuyas implicaciones van desde la explosión del endeudamiento público en base a fuentes internas, pasando por la limitada perspectiva del esquema de canje de deuda por acciones (SWAPS), hasta llegar a la desinflada expectativa del esquema de los "bonos cupón-cero", pues de los 10 mil millones de dólares que se pensaba se ofrecerían en canje por 20 mil de deuda vieja con un descuento de 50%, sólo cristalizaron alrededor de 3 665 millones de dólares y con descuento ligeramente superior al 30%, con lo cual la reducción neta de deuda alcanzó 1 108 millones de dólares.¹³

Hay que recordar que la problemática financiera está en el centro de un amplio juego de contradicciones. Al hablar de los intentos internacionales para reestructurar los plazos de amortización de la deuda y para disminuir los costos financieros que pagan los grandes deudores a los bancos comerciales, y al hablar también de los nuevos esquemas que se ensayan en diferentes países para hacer manejable el endeudamiento, se hace también referencia a los esfuerzos para contrarrestar la disminución de los superávits comerciales de los países menos desarrollados ocurrida en 1985 y 1986, para paliar el efecto recesivo internacional por la contracción de sus importaciones y para reducir el alto porcentaje de las exportaciones que representa la carga de la deuda en numerosos países, cuyas economías están estancadas.

El vínculo entre las cuestiones financieras y las comerciales se ve mejor cuando hay un crecimiento moderado de la producción y del comercio mundial, cosa que ocurrió entre 1986 y 1987, pues dificultó la capacidad de servir sus deudas para muchos países atrasados e impidió hasta intentar frenar el deterioro de los niveles de vida de la población.

Hay dos tendencias en el comercio internacional significativas para entender la corriente dentro de la cual se inserta México: una, que pese al crecimiento lento del volumen del

¹³ Véase *Excélsior*, 4 de marzo de 1988, primera plana.

comercio mundial de manufacturas (3% en 1986), creció casi 20% su valor en dólares (como efecto combinado del aumento del volumen, la devaluación del dólar y el cambio de los precios en monedas nacionales). Los aumentos de valor ocurrieron principalmente en productos como prendas de vestir, calzado, mobiliario, impresos, vehículos automotores y maquinaria para industrias especializadas, lo que coincide en mucho con la estructura de las exportaciones manufactureras de México.¹⁴ La segunda tendencia es que en 1986-87 los países menos desarrollados obtuvieron por primera vez más divisas por exportaciones manufactureras que por agropecuarias o extractivas, de manera que aunque no es exactamente el caso de México (puesto que aquí todavía es muy grande el peso de la exportación de petróleo), vale anotar que la tasa anual de crecimiento de la exportación de manufacturas pasó de 4.3% en 1979-81 a 10.1% en 1984-86. Por si fuera poco, tan sólo de enero a octubre de 1987 las exportaciones de México crecieron 33%, con el añadido de que la mitad de las exportaciones fueron efectuadas por empresas privadas, 85% de las cuales sacaron sus productos como respuesta al estímulo cambiario que encontraron en la subvaluación del peso.¹⁵

También en el plano del comercio internacional hay hechos que nos influyen, por ejemplo, el cuestionamiento tácito a los principios comerciales de multilateralismo con que se fundó el GATT, realizado por Estados Unidos al promover acuerdos bilaterales con Brasil, Canadá y México, de los cuales hasta ahora el de mayores implicaciones globales y regionales es el de EU-Canadá, ya que por su orientación estratégica apunta a la consolidación de una región económica única en América del Norte, región que junto con México representa casi 7.5% de la población mundial, un territorio geográfico gigantesco y abundante en recursos naturales, con la enorme ventaja de asimetrías laborales, tecnológicas y financieras entre los tres países que la integran.¹⁶

En ese contexto global, la decisión del régimen de Miguel de la Madrid de ingresar en 1986 al GATE apunta más bien hacia formalizar, en una antesala multilateral, la reducción drástica de los permisos de importación y la disminución de los niveles y dispersión de los aranceles, así como la eliminación de la política de precios oficiales y subsidios a numerosos productos, preocupaciones todas ellas de nuestro principal socio comercial, los Estados Unidos.

Por eso, sólo puede verse como un segundo paso en la dirección estratégica arriba indicada, que en noviembre de 1987 se haya firmado bilateralmente entre Estados Unidos y México el entendimiento para un "marco de principios y procedimientos de consulta sobre relaciones de comercio e inversión". Esto último mediado por una mejoría inmediata para el acceso de productos textiles y de acero de México al mercado norteamericano, a cambio de avanzar otro poco en la apertura que interesa a Estados Unidos para el futuro: la política de inversión extranjera mexicana, los aspectos relacionados con el comercio de servicios, sobre todo financieros, y la propiedad intelectual en segmentos de cómputo.

Finalmente, hablemos un poco de dos graves problemas que afectan el funcionamiento de la gigantesca máquina que todavía representa la economía norteamericana en la economía mundial: el déficit comercial y el déficit presupuestal, pues fueron estos problemas los que provocaron el 19 de octubre de 1987 un crack mundial de los mercados bursátiles, y habrán de provocar cambios internos muy fuertes dentro de Estados Unidos, lo que sin duda afectará a México.

Se ha dicho que las operaciones programadas por computadora en los principales mercados accionarios amplificaron y aceleraron el desplome de un mercado bursátil que en todo el

14 Véase GATT, "El comercio internacional en 1986-1987", en *Comercio Exterior*, Vol. 37, n. 11, México, noviembre de 1987, pp. 950-63.

15 Véase *Examen de la Situación Económica de México*, Banamex, Vol. LXXIV, n. 746, enero de 1988, p. 29.

16 Véase Gerardo Bueno, "El tratado de libre comercio entre Estados Unidos y Canadá", en *Comercio Exterior*, vol. 37, n. 11, México, noviembre de 1987, pp. 926-27.

mundo mostraba signos de sobrevaluación y que había configurado un auge previo claramente especulativo y desconectado de la marcha real de los principales indicadores económicos, lo que se reflejó en el crecimiento de 800 puntos del índice industrial norteamericano "Dow Jones" en menos de siete meses (1 900 puntos en enero y 2 700 puntos en agosto de 1987).¹⁷

El desplome bursátil frenó las expectativas inflacionarias internacionales (en especial, en Estados Unidos) y puede decirse que contribuyó a cerrar la brecha que había abierto la especulación entre mercados financieros y sector productivo, pero, a cambio de ello, agravó los peligros de una recesión para finales de 1988 y prefigura con mayor nitidez el límite a que llegó la economía norteamericana en cuanto al manejo de sus desequilibrios.

La problemática que esconde el desbordamiento de los déficits fiscal y comercial norteamericano se resume en un cambio global de su papel internacional: en unos cuantos años, se ha transformado de país acreedor en país deudor, con una deuda externa de 400 mil millones de dólares que se destina a paliar los déficits fiscal y comercial y que se prevé que alcance el billón a principios de los años noventa.¹⁸ Como es previsible, estos hechos marcarán un punto de inflexión a la velocidad y profundidad del proceso de reestructuración del aparato industrial norteamericano, pero también nos mostraron la fragilidad que tiene el sistema financiero internacional y lo cerca que andamos de un crack que hará palidecer al de 1929.

VI. *Un recuento necesario: cambios estructurales y perspectivas*

No es el fantasma de los cuatro jinetes del apocalipsis el que se pasea por el territorio nacional, es más bien la dinámica compleja de un proceso de transnacionalización que vive la economía mexicana bajo la política gubernamental de promover los intereses del gran capital nacional e internacional.

Vista en conjunto, es un hecho que la economía mexicana no ha sufrido una transformación del tipo que permita volver a la normalidad del crecimiento. Sin embargo, también es innegable que, durante la crisis, la economía ha sufrido profundos cambios estructurales que ubicamos en cuatro terrenos: en la estructura y peso de las finanzas públicas dentro de la economía; en los niveles de vida de la población; en el aparato productivo y las relaciones con el exterior; y a nivel político.

La reorganización de las finanzas públicas ha sido profunda por el lado de las fuentes de ingreso y en el monto total y la distribución porcentual del gasto.¹⁹ Ambos aspectos reflejan la persistente aplicación de la divisa "gastar menos y recaudar más". Por el lado de la estructura fiscal, la captación de ingresos ha tendido a descansar más en los impuestos al consumo, el IVA y el de comercio exterior, además de que se ha fortalecido la recaudación mediante el aumento sistemático de precios y tarifas de bienes que proporciona el Estado (incluso muchas veces subiéndolos por encima de la inflación).

Por el lado del gasto el cambio es nítido: ha disminuido la participación relativa y absoluta del gasto en sueldos y salarios, en capital y en transferencias y subsidios. En una palabra, ha caído el gasto "programable" que, en términos reales, en 1986 representó el 50% del de 1981. Para 1987, cayó aún más.

En contraste, se observa un aumento absoluto y relativo del servicio de la deuda en el gasto público, pues entre 1981 y 1986 el servicio creció en un 68% en términos reales. Dentro del gasto total, el peso del servicio de la deuda pasó de 25% en el gasto de 1981 al 53% en 1986. Al tercer trimestre de 1987, tan sólo el pago de los intereses representaba el 45% del gasto

17 Véase "How Bad? The economy will have to struggle to avoid the recession", en *Business Week*, 2 de noviembre de 1987, pp. 42-56.

18 Véase "It's time for America", en *Business Week*, 16 de noviembre de 1987, p. 160.

19 Véase Anexo Estadístico Histórico, V *Informe de Gobierno de Miguel de la Madrid, SSP*, septiembre de 1987.

total del sector público.²⁰

Quisiéramos destacar otros elementos. Por un lado, la fuerte tendencia a la privatización del endeudamiento público interno que se plasma a través de las Casas de Bolsa mediante los CETES y que gravita tan fuerte que en los primeros nueve meses de 1987 los intereses internos representaron el 34.3% del gasto público. Por otro lado, si excluimos el pago de intereses, la diferencia entre los ingresos y los gastos públicos ha sido positiva (5% del PIB en 1987), lo que habla de un "superávit primario", pese al cual las finanzas públicas mantienen un déficit crónico que alcanzó 16% del PIB en 1986 y 17.5% en 1987. Lo que confirma que ha sido el peso parasitario de las deudas externa e interna lo que tiene las finanzas estatales en crisis permanente. Su gravitación es tan enorme actualmente que debería ocurrir una disminución vertical de las tasas de interés nacionales e internacionales para transformar el déficit financiero en superávit.

En esas condiciones, la multiplicación de tendencias recesivas se topa con un Estado cuya intervención anticíclica se encuentra financieramente limitada de antemano; de ahí que la recuperación del crecimiento siempre resulte frágil y limitada. De ahí también que la desincorporación de paraestatales sólo represente una gota de alivio financiero en un desierto de deudas, aunque en casos como el de Fundidora de Monterrey el impacto de su cierre significará aumentar para los grupos privados un mercado ya de por sí compactado como el siderúrgico.

La depredación de las condiciones de vida de los grupos mayoritarios del país es otro gran cambio estructural. El producto por habitante de 1981 a 1987 disminuyó en un 14%, como resultado de un decremento real del producto de 2.4% y un aumento de la población de 13.7%. Además, ese producto ahora se reparte de una manera más desigual, pues el rubro sueldos y salarios reduce su participación en el PIB de casi 50% en 1980 a un poco más de 20% en 1987.

Si se observa con más detalle lo que ha ocurrido con los salarios industriales, se tiene un buen indicador de lo que ha ocurrido en general con los salarios: entre 1981 y 1986, los salarios industriales reales experimentaron una reducción de un 50%. Diversas estimaciones — entre ellas las del Frente Contra el Pacto y la misma CTM— señalaban que de 1976 a 1987 la pérdida del poder adquisitivo de los salarios alcanzaba el 66%.

No es en balde que esta caída salarial haya sido calificada por algunos estudiosos como la más profunda en la historia de México, superando incluso a la ocurrida en la década de los cuarenta y principios de los cincuenta, porque se ha dado ahora en un contexto de reducción del empleo y de disminución de las oportunidades de movilidad social.²¹

Como se verá ahora, en el terreno del empleo se ha dado una movilidad singular que consiste en pérdida de empleos relativamente bien pagados en la manufactura a cambio del crecimiento en los empleos mal pagados de la maquila: en septiembre de 1987, el empleo manufacturero era 18% inferior al de agosto de 1981 (que fue su valor máximo); en contraste, de 1981 a 1986, el empleo en las maquiladoras creció en un 90%. A pesar de lo significativo de este crecimiento, el total ocupado en la maquila no pasa de 250 mil obreros, lo que habla de una incapacidad de esas actividades para absorber la pérdida de empleos en el resto del sector industrial.

Otros aspectos de la devastación social que ha provocado la política económica pueden verse a través de diversos indicadores del nivel de vida de la población.²² Por ejemplo, en el terreno de la salud, hay una caída del gasto estatal por habitante, un aumento de la población

20 Véase *Indicadores Económicos*, Banco de México, diciembre de 1987.

21 Véase Jeffrey Bortz y Edur Velasco, "El ciclo del salario en México", en *El dilema de la economía mexicana: ensayos de interpretación*, coordinado por Jesús Lechuga M., UAM, Ediciones de Cultura Popular, 1987, pp. 148-56

22 El recuento lo hemos tomado de Enrique González Tiburcio, "Las condiciones de vida ante la crisis" en *Economía Informa*, Facultad de Economía, UNAM, n. 157, octubre de 1987. pp. 9-15.

sin acceso a los sistemas de salud, una reducción en la calidad de los servicios por reducción del número de médicos, la ampliación de enfermeras y la reducción de camas por derechohabiente. En el terreno educativo, también se presenta una reducción del gasto público real y por habitante y una caída en el ritmo de creación de infraestructura. En alimentación, se puede constatar una importante reducción del consumo per cápita de carne, leche y huevos. En vivienda, no sólo se mantiene un déficit alto, sino que aumenta el número de viviendas sin luz, agua y drenaje. Como resultado, tenemos un aumento notable del registro de casos de delincuencia, pandillerismo, violaciones y drogadicción, sobre todo entre los jóvenes.

La reducción de los niveles de vida cobra sentido estratégico para el nuevo modelo secundario-exportador, el otro cambio estructural que está promoviendo la política económica: en particular, la reducción de los salarios reales es una condición sin la cual es imposible competir exitosamente en el mercado internacional.

Al igual que la depresión salarial, la política cambiaria —que en los últimos años ha mantenido al peso permanentemente subvaluado frente al dólar (en rangos superiores al 30%) — ciertamente ha promovido la exportación de manufacturas, pero lo ha hecho a un altísimo costo, pues implica una presión inflacionaria considerable dentro del país al encarecer los bienes importados, mientras que por otra parte representa una descarada transferencia de riqueza hacia el exterior al abaratar artificialmente el valor de los productos nacionales.

Hay en el aparato productivo nacional una fuerte tendencia a la descapitalización reflejada en una disminución de un 40% en el índice de la formación bruta de capital entre 1981 y 1986. En ese marco general, ocurre el fuerte proceso de monopolización y transnacionalización que hemos descrito y el Estado no tiene ningún proyecto para la producción de bienes de capital, de manera que sólo florecen las ramas y las empresas con capacidad para competir externamente; con el agravante de que lo hacen sólo produciendo fragmentos de algunas mercancías.

El caso típico ahora es la industria automotriz, líder en la exportación de manufacturas, altamente monopólica y transnacionalizada, en donde las principales actividades de exportación son los motores y luego los vehículos.

Puede decirse casi lo mismo de la exitosa venta de otros productos manufacturados, como cerveza, cemento y vidrio,²³ producidos por las grandes empresas monopólicas nacionales.

No puede dejar de considerarse lo reducido del núcleo dinámico que sustenta el auge de las exportaciones manufactureras de México: es pequeño el número de productos exportados con un valor significativo, pues de enero a septiembre de 1987, la industria automotriz exportaba por un valor de 14.5% de las ventas externas totales. La lentitud en el desplazamiento del petróleo como eje de las relaciones externas puede verse a través del dato de que el 50.2% del total de exportaciones corresponde al petróleo. De modo que el éxito del modelo, pese a su altísimo costo, sigue siendo limitado y habrá que ver a dónde llegará si a finales de 1988 se presenta una recesión en la economía norteamericana.

Los cambios estructurales que hemos examinado con anterioridad no han dejado de manifestarse como tensiones y contradicciones en el sistema de dominación política. Ciertamente, la continuidad en la profundización del proyecto modernizador transnacionalizante reposa a nivel de control de masas en la burocracia sindical oficialista, pero por la misma crisis, ahí se encuentra el eslabón más débil del sistema: el proyecto no da para sostener mínimas concesiones materiales, de ahí que se multipliquen (aunque hasta ahora ello ocurra asincrónicamente) los movimientos y luchas que cuestionan ese control burocrático.

Pero es tal vez en el campo de la legitimidad que representan las elecciones federales donde encontraremos posiblemente otro multiplicador de la crisis política que ha desatado la

23 Véase Sumario Estadístico, *Comercio Exterior*, vol. 37, n. 11, México, noviembre de 1987, pp. 970-73.

aplicación del proyecto transnacional.

Las condiciones de hiperinflación y estancamiento productivo, exacerbadas en los últimos meses, las fracturas dentro del bloque dominante, los nuevos agrupamientos electorales y la desesperación por ganar credibilidad, han llevado a Carlos Salinas de Gortari a caminar en la campaña electoral con una mezcla de amenazas autoritarias y de refuerzos gubernamentales mediante la aplicación de políticas antinflacionarias "heterodoxas" (freno súbito de la inflación), para hacer creíble que es capaz de controlar la inflación, hacer crecer la economía y preservar la estabilidad política.

Sólo como corolario final, quisiéramos dejar asentado que si Brasil y Argentina representan aplicaciones "heterodoxas" políticamente exitosas aunque fracasadas en sus metas económicas, México, bajo la conducción del ex secretario de Programación, ya probó el fracaso de las recetas ortodoxas ejemplarmente durante cinco años. Al intentar pasar de unas recetas a las otras, el candidato oficial puede sufrir un profundo descalabro político, que al mismo tiempo dejará a la economía atrapada en medio de graves desequilibrios.

Hasta ahora, la crisis política ha encontrado dos expresiones de ruptura en el seno del bloque dominante, una de izquierda, representada por el Frente Democrático Nacional de Cuauhtémoc Cárdenas, y otra de derecha, representada por el PAN que hoy liderea el empresario Manuel J. Clouthier; la ruptura de izquierda aglutina a sectores y partidos desplazados de la coalición gobernante, mientras que la ruptura de derecha pretende abrir a los empresarios un acceso directo a la vida política partidaria nacional.

No deja de llamar la atención que en ambas rupturas esté presente el problema de la democracia, como reflejo de una profunda necesidad de cambio estructural en el sistema político mexicano, aunque no puede dejar de resaltarse que cada quien habla de nociones de democracia completamente diferentes. Mientras el PAN quisiera ensayar el modelo norteamericano de bipartidismo, el proyecto del Frente Democrático Nacional apunta hacia una recuperación de la soberanía nacional mediante una gran alianza social, pluriclasista, nacionalista y antimperialista.

Por su contenido, por el carácter de los actores, por sus raíces en la historia moderna de México, de las dos rupturas, la que puede provocar una quiebra total del sistema político actual es la ruptura encabezada por Cuauhtémoc Cárdenas. El FDN ha venido aumentando su capacidad de convocatoria y radicalizando su discurso.

Si históricamente las elecciones han sido tema de fuerte debate y motivo de división entre la izquierda, para julio de 1988 esas condiciones parecen repetirse hasta la saciedad, con el agravante de que por efectos de la misma crisis económica, su limitada perspectiva de lucha y su incompreensión respecto al papel que objetivamente está jugando en la coyuntura la candidatura de Cárdenas, las dos grandes opciones político-organizativas de izquierda con estrategias electorales, el Partido Mexicano Socialista y el Partido Revolucionario de los Trabajadores, se encuentran en crisis. Fuera de esas opciones, habrá otras corrientes socialistas que intentarán confluír con el movimiento electoral de Cuauhtémoc Cárdenas, y tal vez a partir de ahí se construya un gran dique de contención al proyecto transnacional, que después sirva de punto de apoyo para una gran ofensiva del movimiento de masas en la lucha por el socialismo.

Marzo de 1988